

abandonó aquella casa, de tal modo, que todos advirtieron su salida y los criados echaron a correr tras él con escandalosa gritería.

Como les llevaba ventaja, saltó el muro, pero esta vez con mala fortuna, pues le atrapó una zarpa:

—¿Adónde diablo corre usted?

Era el corpulento señor Crousillat, que, descansando de sus tareas excepcionales, estaba pescando con caña.

—En persecución de Hubert.

—¿Así, pues, es culpable?

—No; ¡pero lo será!

Y de un brinco reanudó la carrera, llegó por un atajo al *Viei-Caston-Nou* y al topar con Juan le dijo:

—Querido, no sólo Hubert no es culpable, como tenía por seguro; pero ni siquiera cómplice, como yo recelaba. ¡Ah! esto simplifica mucho nuestra tarea... Afortunadamente, *el libro ha hablado*.

—¿Qué libro?

—¡Ah! sí, que tú no lo sabes. Pero ahora sería muy largo referírtelo. Te lo contaré más tarde.

—Y ahora ¿dónde vas con tales prisas?

—A reflexionar.

CAPITULO XXI

JUAN CONTRA «EL PULPO»

EL juez señor Crousillat y el secretario señor Bartholasse se personaron aquella tarde (la tarde siguiente a la liberación de Hubert) en la cárcel, en que provisionalmente estaban detenidos los bohemios, y a los cuales se les sometió en las primeras horas a nuevo interrogatorio, esta vez totalmente infructuoso, pues se negaron a responder hasta a las preguntas más insignificantes. El señor Crousillat pidió una entrevista al director de la cárcel.

Echaba lumbre; la prensa le trataba mal. Los diarios de la mañana se befaban de su persona. Todo el mundo reía a expensas suyas por la historia del clavo asesino, presentada como un nuevo triunfo de Rouletabille. No podía salir honrosamente de este maldito negocio sin desquitarse con Odette, esto es, sin descubrir cuanto antes el paradero de la señorita de Lavardens. Al enfren-

tarse con el director de la cárcel, excelente sujeto en toda la acepción de la palabra, pero administrador severo, pendiente siempre de la letra del reglamento, no le fué muy costoso lograr que le atendiera. Ya que los detenidos no querían decir palabra en el despacho del juez, era menester hacerles hablar en el calabozo.

—¿Se refiere usted a un espía?—sugirió el director señor Mathieu—. No veo en ello inconveniente. Pero ¿de quién echamos mano?

—¿Cómo? ¿No tiene usted entre los detenidos a algún muchacho inteligente?...

—No me he preocupado de eso—respondió el director—; eso no está en el reglamento, y cuando en ciertos asuntos la policía ha tenido necesidad de utilizar un *chota*, me lo ha traído a prevención... Diríjase usted a la Dirección de Seguridad... aquí ha enviado agentes...

—Que no están aquí —replicó suspirando el señor Crousillat—. Están dedicados a la busca de la señorita de Lavardens por todos los caminos, corriendo a la husma de todas las carretas, y quién sabe si la descubrirán antes que yo... ¡Ah!, estamos perdiendo el tiempo...

—Mientras que Rouletabille se ríe de nosotros—acabó diciendo el avinagrado señor Bartholasse.

—A propósito de Rouletabille —dijo el señor Mathieu—, ha venido verme.

—No se fie usted—exclamó el secretario—. ¿Qué le trajo por aquí?

—Visitar la Cárcel...; me dijo que para escribir un ar-

tículo y... coleccionarlo. Parece ser que ha visitado y descrito todas las cárceles de Francia.

—Y se lo ha consentido usted!

—No, señor; para mí sólo existe el reglamento, y la visita del citado Rouletabille no era reglamentaria; no tiene título alguno para visitar *mi* Cárcel.

—¡Ah!, esto sí que le molesta—repuso el señor Bartholasse—. Seguramente no le habrá contado cómo visitó la Cárcel de Moulins durante el proceso del marqués de...

—No, por Dios. Me saludó muy cortés, y ya no le he vuelto a ver.

—Pues se lo voy a contar a usted. Me hallaba entonces en Moulins y el asunto fué muy ruidoso. Usted recordará, sin duda, tan famoso proceso. Se acusó al marqués de haber arrojado a su yerno desde el acantilado al paseo de una alameda. Andaba el asunto complicado con la historia sorprendente del preceptor con la marquesa. En una palabra, los diarios de ambos mundos enviaron allí a tantos redactores, que llenaron las fondas de la ciudad con gran antelación al comienzo de la vista. En esta época, Rouletabille, casi un niño, rompió sus primeras cañas. Pues bien: su primer hecho de armas fué un golpe magistral, que motivó el cambio de prefecto, que costó el empleo al director de la Cárcel y a no sé cuántos empleados de la administración penitenciaria...

—¡Diablo!—exclamó el director.

—Así fué. Quería a todo trance ver al marqués e interviewarle. La antevíspera del proceso, Rouletabille se

presentó en la secretaría de la Cárcel con un permiso timbrado de la prefectura, por el cual se autorizaba al *antropólogo señor Arnault la visita a las cárceles de l'Allier*.

»Huelga decir que se arregló, se caracterizó y se dió aspecto de honorable anciano a punto de ver en él el director de la Cárcel a un sabio tan recomendable como recomendado. Hizo que lo viera todo... las celdas, los patios, la capilla; hasta le invitó a probar la sopa, y bastó que el señor Arnault dijera una palabra para que al punto se le franqueara la celda del marqués... ¡Un momento!, y el marqués sólo le dijo tres palabras... Al día siguiente Rouletabille escribió con sólo estas tres palabras un artículo de tres columnas...

En aquel instante un celador llamó a la puerta del despacho del señor Mathieu, y al presentarse avisó que en secretaría esperaba una persona *que se decía antropólogo y pretendía estar autorizada para visitar las cárceles de las Bocas del Ródano*.

El señor Mathieu, el señor Crousillat y el señor Bartholasse se miraron con asombro.

—Tráigame usted aquí a esa persona—dijo el director en tono de mando y con la voz ligeramente alterada.

En los pocos minutos subsiguientes no cambiaron palabra los tres personajes. Esperaban de un momento a otro ver la aparición de Rouletabille disfrazado de sabio. Pero vieron llegar a una mujer.

Una mujer vestida con gran sencillez y perfecta ele-

gancia, de modales distinguidos, y que, sin ser hermosa, tenía en la fisonomía algo raro y seductor, difícil de definir. En cuanto cerró la puerta empezó a hablar, delatando su origen eslavo, sin duda, por el canto de su voz y el desarrollo agradablemente infantil de la frase, por lo demás perfectamente correcta...

Los tres señores se levantaron y la señora presentó al director un pliego oficial, disculpándose de distraerle a hora tan intempestiva, pero tenía que cumplir con una misión urgente.

—Pero ¿tales urgencias gasta la antropología?—preguntó el señor Mathieu, poniéndose muy en guardia.

—Por Dios, señor director, en verdad, las tiene a veces. Pero me encuentro un poco cohibida, se lo aseguro, un poco atemorizada...; prefiero exponerle todo mi pensamiento, es lo mejor de seguro..., y estos señores me perdonarán..., pero quisiera hablar a solas con usted...

—Puede usted hablar delante de estos señores, que son buenos amigos míos, y para los cuales no tengo ningún secreto; permítame, señora, que se los presente: el juez de instrucción, señor Crousillat, y su escribano, señor Bartholasse...

Luego, volviéndose hacia estos señores, y designando a la visitante:

—La señora de Meyrens.

El director acababa de leer este nombre en el volante del prefecto, que servía a la vez de recomendación a la distinguida antropóloga.

El rostro de la señora de Meyrens reveló la más viva satisfacción.

—¡Señor juez de instrucción! ¡Señor escribano! ¡Ah!, entonces... pueblo hablar..., *estamos en familia*. He aquí lo que le iba a decir, señor director...; pero... entiéndase bien... ¿estamos?... le confío un secreto de Estado en pura verdad—agregó con seductora sonrisa—. Pues bien... (y miró hacia la puerta como si quisiera cerciorarse de que no se podría sorprender sus palabras), pues bien: no soy en rigor una antropóloga..., y si le traigo este volante oficial, señor director, es, sencillamente, para ponerle a usted a cubierto, como dicen ustedes en la administración, y para que no padezca el reglamento... He aquí, señor director, lo que soy.

Y sacó del seno un sobre que alargó al señor Mathieu.

Este sacó del sobre importantes documentos, entre ellos un pasaporte con la fotografía de la señora de Meyrens, y otros que llevaban la cabecera del servicio de la Seguridad general. Mezclada con ellos iba una carta reciente del director de Seguridad que, al parecer, causó en él gran efecto. Presentó esta carta al señor Crousillat, diciéndole:

—Ea, señor juez; usted, que va buscando un *choto*... ya lo tiene usted.

—Esta vez será *chota*—repuso la señora de Meyrens—. No, no se dice así... ¿Cómo se llama a la hembra del carnero? ¡Ah!, sí... oveja... ovejita... seré su ovejita.

Resultaba de los documentos auténticos que estos se-

ñores tenían en las manos que los jefes de policía de París enviaban a uno de los más perspicaces agentes, a la señora de Meyrens, a Arlés, para «cocinar» a los dos bohemios y tratar de arrancarles alguna palabra que les orientara en las pesquisas de la policía, completamente descarriada y sin rumbo en cuanto al paradero de la señora de Lavardens. Sabemos que las Aduanas de la frontera, puestas en constante ajeteo por Rouletabille, no lograron por su parte más éxito que la policía.

Un cuarto de hora después, se le franqueó a la señora de Meyrens la entrada en la celda de Calixta.

La gitana a duras penas pudo disimular el azoramiento que le produjo ver en la compañera de cárcel recién llegada a *El Pulpo*...

—Vengo a salvarla—le dijo la señora de Meyrens en cuanto quedaron solas.

Y dejó caer de debajo de su ropa una blusa, un mandil de albañil manchado de yeso y una gorra...

Cuando entró *El Pulpo*, Calixta estaba acurrucada en un rincón, apoyados los codos en las rodillas, cubiertas por jirones de su zagalejo; su larga faz salvaje, velada por la celosía de sus manos abrasadas, y toda ella profundamente deprimida. No creyera que era la misma mujer quien habiéndola visto en el despacho del juez hacer frente a Rouletabille y alardeando de indomable fiereza, ahora la viera sola en el calabozo, acabada la comedia para sí y para los demás.

Ella quiso vengarse y se vengó; pero no por ello que-

daba todo menos perdido para ella. ¿Su amor por Juan? Sí, indudablemente; pues ella creía que le amaba, pero si hubiera podido analizar sinceramente los sentimientos que le impulsaron a obrar, hubiera hallado en ellos más orgullo herido que amor desesperado... ¡Ah! Calixta cayó de las alturas de su sueño. Había acariciado, en la sencillez infantil de su ambición desmesurada, que sería con el tiempo una gran señora, gran señora que llevaría el nombre de Jean de Sautierne... Tal pensamiento sólo podía brotar en una joven andariega que hubiera siempre vivido al margen de la vida civilizada y que cree salvadas todas las distancias porque de la noche a la mañana se ve trasladada de la carreta natal a un pequeño entresuelo de los Campos Elíseos.

Sin comunicárselo a Juan, pues, por simple que fuera, su desproporcionada ambición sabía muy bien revestirla de instintiva astucia, vino más de una vez a Lavardens «de incógnito». Quiso contemplar de lejos *su castillo*, sus propiedades, y quién sabe si en sus paseos solitarios topó con Zina, arraigada hacía muchos años en los alrededores. Y quién sabe si la confió sus ensueños y halló una aliada en esa vieja mujer de su raza. Tanto, que más tarde se recordó que la vieja solía decir frecuentemente a Odette:

—Cásate, hija mía... ¡Cásate pronto!

Pero como se lo dijo leyendo en las rayas de la mano, Odette no hacía más que reír.

Y ahora Odette no estaba casada. Pero tampoco Ca-

lixta. ¡Ah! Si Odette rodaba por la pendiente de infernal aventura, ¿quién era capaz de saber adónde llevaría también a Calixta la suya? El calabozo..., la prisión para tantos y tantos años..., y si salía de ella... ¡Andrés! Andrés, que le infundía pánico y que ya no soltaría nunca la presa.

Y he aquí que cuando todo lo cree perdido aparece en su calabozo *El Pulpo* para salvarla. No daba crédito a sus ojos ni a sus oídos. Se irguió, sin hallar palabra que decir y sin comprender lo que estaba ocurriendo.

¡*El Pulpo!* Había oído decir que esta mujer pertenecía a la policía... ¿No debía desconfiar de ella?

La señora de Meyrens recogió la ropa que trajo escondida, la celó en el jergón de Calixta y se sentó tranquilamente en el único taburete de la celda. Sacó elegante petaquita del bolsillo y la presentó abierta a Calixta.

—¿Quemamos uno?, como creo que dicen ustedes en Montmartre. No tenemos prisa, ya lo sabe usted: disponemos de todo el tiempo que quiera, mi querida Calixta.

Encendió los dos cigarrillos y continuó hablando a sus anchas.

—Nada dice usted, querida; parece usted asombrada y... tiene motivos ciertamente: usted querrá saber cómo estoy aquí; no quiero que sufra y va usted a ver de qué modo más sencillo. Todo el mundo dice que pertenezco a la policía; no soy de la policía más que cuando quiero, y me valgo de la policía más que la policía de mí. ¿Com-

prende? Sí, me comprende. Que quiero salvarla: entonces soy de la policía, arreglo las cosas y entro en su calabozo para conseguir que hable usted... para que me diga dónde está Odette...

—Eso jamás... a nadie, a nadie... ni aun para salvarme.

—Lo sé de sobra... ¡Calma, querida y desgraciada Calixta! Si yo misma la digo que soy de la policía, es para que sepa... que yo soy, como se dice en la jerga de las cárceles, un *choto* que le haga hablar...; pero no pretendo que hable usted, pues ya le advierto que soy el *choto*... soy el *choto* para la policía, para el director de la cárcel, para el juez, para todos... menos para usted.

—La comprendo—dijo Calixta meneando la cabeza.

—Mi enhorabuena, querida. Con buena voluntad se llega a todo... Usted lo sabe; me ha tenido usted por una gran señora, ladrona muy peligrosa de museos..., detenida esta tarde, quiero decir—agregó lanzando una carcajada—; he venido a Arlés a robar la plaza de toros... ¿Se ríe usted? Buena falta le hace... Y ahora hablemos seriamente.

En cuanto yo me vaya y le traigan la cena, pone este taburete sobre el catre, y subida en aquél empieza a limar esa pequeña barra que le impide salir por la ventanuca.

—¿Con qué?

—Con esta pequeña lima.

Y le dió una lima que sacó del forro del vestido.

—Podrá invertir en la operación, a lo más, una hora.

—Y que no servirá para nada—dijo Calixta tirando el cigarrillo—. ¡Si no ha inventado otra cosa! Supongamos que salga de este patio; habré de atravesar una bóveda enrejada, y aunque la salve vengo a caer en la línea de la ronda, y para salir de esta línea he de pasar por delante de la Secretaría... No le quiero hablar de guardias y celadores que hallaré al paso... He examinado bien esta cárcel y cada una de sus salidas... Pierde aquí lastimosamente el tiempo todo detenido.

—Seguramente..., pero no una persona libre...

—Y yo no lo soy.

—Usted lo es. Escúcheme, querida e impaciente Calixta. Cuando acabe de limar el barrote, usted se acuesta y duerme tranquilamente como compete a una persona libre. Mañana por la mañana le traen su desayuno, y luego recorren los cerrojos. Y ya nada tienen que hacer aquí. Nadie puede molestarla. Se desposee de estos guñapos y se viste de albañil con la ropa que le he traído. Se hunde la gorra hasta los ojos y ya está usted transformada en un peón de albañil. Usted sabe o no sabe que ahora se está reparando el patio C, donde está la celda de Andrés. Se empieza a trabajar a las ocho; a las ocho y media saldrá un carretón lleno de escombros, del cual tirará enganchado un obrero... Pasará por su patio y se detendrá unos segundos ante su ventana, si cree el obrero que puede usted saltar sin riesgo de ser sorprendida; si teme algo, se detendrá un poco más arriba y no llegará al pie de su ventana hasta que esté alejado todo peligro. En-

tonces no dude, se lo aconsejo; se desliza usted y se pone detrás del carretón empujándolo mientras que el otro tira. Así saldrán de la cárcel sin obstáculo alguno usted, el carretón y el obrero, se lo aseguro... Una vez fuera ya todo es fácil: en el ángulo de la calle les esperará un auto y ya irán lejos cuando se descubra su fuga.

—Y ¿usted está segura del obrero?—preguntó Calixta, cuyo corazón latía con fuerza al evocar esa posible evasión.

—Como de usted misma. Ese obrero es Andrés.

—¡Ah!—suspiró Calixta.

—¿Usted preferiría salvarse sola?—preguntó a su vez *El Pulpo* con estudiada sonrisa.

—Yo... no sé...

—Yo sí sé que usted ha de necesitar aún a ese hombre; por ello no he dudado en proporcionarle una lima y otro traje de albañil como el de usted, por mediación del conductor ordinario del carretón, que se los ha echado por la ventana; por lo demás, Andrés era insustituible en este ardid. ¿Quién hubiera conducido el carro? El obrero que he comprado como otro cualquiera *no quiere saber nada*, como ustedes dicen.

—Y ¿usted cree que aún necesitaré a ese hombre?

—Sí; Calixta... pues usted no ha acabado aún con Odette.

—¡Oh!, sí; es cierto.

—Rouletabille y Juan tienen ya su pista, sin contar a Hubert, que corre como un loco tras ella, decidido a

arramblar con todos los obstáculos, y *si usted quiere retenerla*, van a ser pocos ustedes dos, créame.

—Somos todo un pueblo para guardarla—repuso Calixta con apagada voz.

—Es demasiado—replicó *El Pulpo*, frunciendo el ceño—; es demasiado, y *¡quizá no sea suficiente para Rouletabille!*

Una hora después, *El Pulpo* salió de la cárcel y se dirigió a la plaza del Foro.

Con su sombra se entretejió otra sombra que no la abandonaba un solo paso. Esa sombra era Juan.

Vió que la señora de Meyrens entraba en el hotel del Foro. Quedó inmóvil unos instantes mirando la fachada del hotel. Dos ventanas del primer piso se inundaron de luz.

Segundos después, distinguió detrás de los cristales a la señora de Meyrens, que daba unos pasos hacia Rouletabille, y con el cual empezó a hablar animadamente.

La conversación aquella delataba la comedia.

Juan de Sautierne tomó entonces una gran resolución. Abandonó la plaza del Foro para ir a buscar al señor Crousillat, juez de instrucción.